

Juan Francisco Ferré

# Providence



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* Aina Lorente y Agustín Fernández Mallo

*Primera edición:* noviembre de 2009

© Juan Francisco Ferré, 2009  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2009  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7201-9  
Depósito Legal: B. 40953-2009

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

El día 2 de noviembre de 2009, un jurado compuesto por Salvador Clotas, Paloma Díaz-Mas, Luis Magrinyà, Vicente Molina Foix y el editor Jorge Herralde, otorgó el XXVII Premio Herralde de Novela, por mayoría, a *La vida antes de marzo*, de Manuel Gutiérrez Aragón.

Resultó finalista *Providence*, de Juan Francisco Ferré.

También se consideró en la última deliberación la novela *Black, black, black*, de Marta Sanz, excelentemente valorada por el jurado, que recomendó su publicación.

*I am PROVIDENCE*  
Howard Phillips Lovecraft

PROVIDENCE  
NIVEL 1

EL PRINCIPIO DELPHINE  
(mayo-septiembre)

### Toma 1: ZONA CERO

*Podría suceder así, pero también de otro modo. Es sólo el principio.*

Me llamo Álex Franco y soy director de cine. O lo era, si lo prefieren. Vine a Providence a escribir el guión de una nueva película. Vine a Providence con la excusa de escribir el guión y preparar la película. Con la intención de reescribirlo, más bien, engañado por la promesa de poder filmarlo con una buena financiación y un equipo internacional de primer nivel. Alguien de cuyo nombre no puedo acordarme ahora lo había escrito previamente. No para mí, no necesariamente para mí. Lo había escrito y basta. Lo había escrito y ya no podría filmarlo, según supe después. El guión cayó en mis manos por algo que no me atrevo a llamar casualidad. Transcurría el año en que cumplía treinta y nueve y acabé, para terminar de celebrarlo, en Providence, capital del estado de Rhode Island, Estados Unidos, América, capital del Capital y sede central del sistema de operaciones del sistema.

Con la excusa de escribir, he dicho, y es una falsedad, una más en esta historia de falsedades sin cuento que es la historia del cine y también la mía, letra minúscula de esa misma histo-

ria. La versión oficial al menos. La excusa era dar clase, enseñar unos cursos de cine como profesor visitante, en particular uno de teoría e historia del cine y otro, en el segundo semestre, mucho más práctico, de técnicas y narrativa cinematográfica, mientras preparaba mi nuevo proyecto, más o menos basado en el guión de otro, ya lo he dicho. Era la primera vez que hacía algo así. Realizar las ideas de otro, hacerlas mías y transformarlas. También la última.

Como en un bucle, no sé cómo me las arreglo siempre para volver al principio. A Delphine, principio y fin de todo esto.

Reinicio.

*El principio, los principios. Uno sólo entre todos los posibles.*

## Toma 2: EL PRINCIPIO DELPHINE

Sigo sin entender por qué, de todos los lugares del mundo, tuve que venir a parar a Providence. Sólo sé que se lo debo a una mujer. Cómo no. En mi caso, esto no significa nada nuevo, ni especial. Y no fue en Providence, paradójicamente, sino en Cannes, en el Festival de Cannes, donde la conocí. De todos los sitios del mundo, tuvo que ser ahí. En medio de ese espectáculo montado a lo grande para vender la producción de Hollywood al por mayor y tratar de colar las producciones europeas en el lote minoritario del segundo y el tercer mundo. Ahí, en ese gran mercado del mundo cinematográfico, conocí a mi nueva mecenas. Una mecenas, por cierto, que no se conformaba con serlo y aspiraba a la condición de musa. Todo esto ya se irá entendiendo poco a poco. Como ella solía repetir, era su eslogan de producción, tenemos tiempo. Mucho tiempo. Aunque yo no parecía tener tanto, desde luego. Y mi carrera tampoco si pretendía tomar otro derrotero más directo hacia el éxito.

Mi segunda película, un desastre titulado *La fiesta grande*, concursaba en la Selección Oficial. Una película española que

algún colgado de la organización del festival habría visto por casualidad, después de emborracharse con uno de los productores en alguna fiesta privada, y le había parecido lo bastante excéntrica, o le habían dado bastante pasta, como para pensar en incluirla en la competición oficial algunas semanas antes de su estreno nacional. No ganó ningún premio, desde luego, aunque una parte de la prensa internacional fue generosa con ella, debieron de confundirla por el idioma dominante con una cinta latinoamericana, otra parte sólo mostraría indiferencia o rechazo hacia sus planteamientos estéticos («plagiados de diversos directores de moda en el circuito de festivales como Tarantino, Haneke o Fincher», según la mediocre opinión de un desinformado crítico de cine español al que no pienso dar más publicidad citándolo por su nombre).

La noche de la fiesta de presentación, nada del otro mundo a pesar del esfuerzo general por fingir que el estreno en el festival había sido un éxito, volví al hotel solo, situación que no había previsto ni buscado pero que, dadas las circunstancias, no me disgustaba en absoluto. Veronique, mi mujer francesa, que había dejado de serlo hacía casi un año pero con la que aún mantenía de tanto en tanto contactos que no excluían la dimensión más íntima, se había quedado en Madrid para no interferir en mis relaciones públicas y, mucho menos, en las privadas, comenzando por mi furtiva aventura con una de las actrices de la película (no puedo escribir su verdadero nombre sin arriesgarme a una demanda por difamación), que también se había quedado en Madrid a última hora por culpa de un ataque repentino de celos de su nuevo novio (un fogoso bailarín flamenco, su nombre merece ser igualmente silenciado por razones legales). Por tanto, todas mis mujeres, las reales y las falsas, me habían abandonado a mi suerte en esta hora definitiva.

Iba solo, pues, por el pasillo de la sexta planta donde me alojaba camino de mi habitación, combatiendo la sensación de dulce fracaso, como solía, con irónicas dosis de autocompasión,



cuando noté que ya no estaba solo. Me volví por casualidad y mi mirada descolocada localizó a unos metros detrás de mí el rostro sonriente de una mujer mayor, guapa, rubia, vestida con elegancia, pero mayor. Paseándose sin complejos por el peligroso filo de la sesentena. La desconocida me hizo un gesto digno de las divas del cine mudo y me detuve a esperarla, atraído por el estilo y la gracia con que su esbelto cuerpo se apropiaba paso a paso del escaso espacio que nos separaba. Se le había soltado uno de los tirantes del vestido veraniego (azul turquesa, escotado, llamativo) y la desnudez integral del hombro cuando se instaló junto a mí me hizo olvidar de repente todos los años que esa piel llevaba revistiendo ese cuerpo en asociación más o menos armónica. Era francesa y hablaba en francés. El español, un idioma huraño, era una incógnita para ella. El francés, a pesar de ser la lengua cartesiana de mi madre y también la de mi ex mujer en una coincidencia que sólo un psiquiatra sería capaz de malinterpretar, me hacía sentirme en cuanto lo oía como en mi segunda casa, una casa diseñada más conforme a tu gusto y donde no vives todo el año, pero donde quizás te sientas, por razones inexplicables, mucho más cómodo que en la principal. Algo así se me ocurre ahora para explicar mi relación personal con ese idioma familiar y sus posibilidades de relación con todos los que lo hablan en el mundo. Lo comprendí enseguida cuando la mujer me pidió con una sonrisa difícil de olvidar que la acompañara a su habitación. Acepté su oferta ya que no tenía nada mejor que hacer hasta que llegara la hora de coger el avión a Madrid, ya en la tarde del día siguiente. Debía de haber sido de una irresistible belleza hasta no hacía muchos años, ahora era bella, sin duda, pero también resistible. O eso creía yo como un ingenuo mientras avanzaba a su lado por el largo pasillo, mucho más largo y enredado de lo que recordaba, y girábamos por un recodo que desconocía hasta enfilar otro pasillo y otro más a la izquierda, ya había perdido toda capacidad de orientación, cuando se adelantó para abrir una puerta e invitarme a entrar

desde el otro lado con un gesto de una elegancia desfasada. El hotel era inmenso, uno de esos contenedores para masas de consumidores infatigables, y nos encontrábamos en la zona de las suites, donde ella, por lo que parecía, se alojaba sola. Al verme intrigado por las circunstancias de su estancia, me rogó que no hiciera preguntas todavía, que reservara mis dudas o inquietudes para después. Habría tiempo entonces de discutir todos los detalles. Mucho tiempo, me dijo en un francés deliberadamente seductor, alargando las sílabas hasta convertir el «mucho» galo (*beaucoup*) en la promesa sensual de un «bello golpe» (*beau coup*), mientras me tendía un manuscrito encuadrado en una mano y una cinta de vídeo en la otra. Me ordenó, el verbo no es exagerado, que les echara un vistazo a ambos en ese mismo momento, mientras ella se duchaba, sentía necesitarlo, se disculpó. La noche había sido muy larga, con varias fiestas igualmente divertidas, igualmente aburridas, llenas de conversaciones pretenciosas con gente sin importancia, y viceversa, conversaciones sin importancia con gente pretenciosa, y el día también, con negociaciones y discusiones interminables y varios estrenos, a cual más televisivo y anodino. Demasiado trabajo, en suma, para una sola jornada sin demasiada historia.

—Su película es chocante, ¿sabe? No le extraña que el público no la entienda. A mí, sin embargo, me gustó, aunque no sepa exactamente por qué. Eso me excita más todavía. En contra del público, es un buen programa para empezar...

Se había quitado el vestido turquesa sin alardes mientras hablaba y estaba ahora totalmente desnuda frente a mí, excepto por unas braguitas a juego que procedió a quitarse al tiempo de concluir su frase, de modo que el descubrimiento de su pubis rasurado coincidió puntualmente con el momento en que sus labios proferían por segunda vez el vocablo sagrado del cine, el nombre de la divinidad incontestable, el soberano absoluto desde los orígenes del negocio. *Le public, El público, The public, Das Publikum, Il pubblico.*

—El vídeo está en el armario junto al minibar. Sírvese una copa si le apetece. No tardaré mucho, espero.

No tardó en darse la vuelta, en efecto, y encerrarse deprisa en el cuarto de baño sin permitirme examinar el reverso de su anatomía exhibida. Oí el ruido de la ducha mientras encendía el televisor y cargaba la cinta en el reproductor. Me sonreí por la coincidencia de las acciones, como si respondieran a un plan urdido por un tercero. La grabación no tenía títulos de crédito ni ningún tipo de pantalla previa. Me pareció una filmación de aficionado más que un borrador de trabajo. Pulsé la tecla de avance del mando para acabar antes o descubrir lo que ella quería que viera en esas imágenes borrosas y deficientes. Una escena porno tras otra, con escasas combinaciones, una persecución de coches por una autopista sucediendo a otra persecución de coches por otra autopista, o la misma, con distintos modelos y conductores, un aparente secuestro, una pelea callejera, un asalto a mano armada, un tiroteo a pistola en la terraza de un edificio, intercambiando actores o situaciones, una charla casual en una cafetería, etcétera. Parecía un muestrario cinematográfico de géneros populares filtrado por un formato documental que lo volvía aún más rutinario o previsible. Como serían los policíacos si en vez de la fantásica gente del cine los hicieran los propios policías o los jueces y fiscales encargados del caso. Como sería la ciencia ficción si la hicieran los astronautas o los científicos a cargo de la nave espacial o la plataforma de lanzamiento. O el cine histórico si lo realizaran los prejuiciados historiadores. Cine funcional, cine de funcionarios. Sólo el porno, a causa de su ramplonería audiovisual, podría salvarse. Nadie que conociera de verdad las convulsiones interiores del sexo podría filmarlo con tanta incompetencia.

No hablo como experto sino como espectador algo confuso, que es lo que yo era esa noche, en aquella espaciosa suite donde hasta el aire se impregnaba de un perfume indefinible, no necesariamente grato. Para contrarrestar su influjo sin inte-

rrumpir el visionado del vídeo me serví un whisky cualquiera en un vaso largo (ni siquiera miré la etiqueta, la oportuna botella estaba colocada encima del aparador, a mi alcance). Con o sin alcohol, no conseguía enterarme del sentido o la intención de lo que estaba viendo, así que no me quedaba otro recurso que consultar el manuscrito que había desdeñado inicialmente y ahora empezaba a considerar esencial. *Providence*. Ése era el misterioso título que su anónimo autor había inscrito al frente del volumen debajo de una enumeración de alternativas, variaciones verbales de la palabra original a cual más improbable. *Providens, Providense, Providenz, Provident, Provide...*

El guión no tenía más allá de un centenar de páginas a doble espacio y no era una novela, carecía de argumento o trama, ni realmente un guión, no contenía especificaciones técnicas, sólo diálogos y descripciones. No tuve tiempo de seguir hojeando el ejemplar («Llévatelo, es para ti, tengo más copias»). Mi amable anfitriona acababa de salir del cuarto de baño (me volví para verla en cuanto oí su voz anunciando su aparición) con el pelo chorreando y el cuerpo mojado y el ánimo rejuvenecido y lúdico. Estaba esperando una reacción así desde el principio. «Sécame», me ordenó, arrojándome la toalla a la cara para sacarme de mi parálisis mientras ella misma permanecía parada en mitad de la habitación sin adoptar ninguna pose especial ante el desconocido al que había invitado a su habitación sabiendo que no estaría en condiciones de rechazar su ofrecimiento. Su actitud era la más natural, dadas las circunstancias. No quería decepcionarme.

—Me llamo Delphine. Delphine Dielman, creo que no nos habían presentado antes.

Me levanté de la butaca donde me había sentado para revisar el farragoso metraje en la pantalla del monitor y caminé a su encuentro toalla en mano, como un mayordomo en un escenario libertino (el sello aristocrático del hotel inscrito en el grueso tejido de color verde confirmaba la pertinencia de mi interpretación). Nada más plantarme frente a ella el primer hecho que

se fijó en mi conciencia fue la diferencia de estatura. La había creído ligeramente más alta que yo, pero ahora, descalza y sin ninguna ropa encima, se emparejaba conmigo justo por debajo de mi frente, a la altura de los ojos. Quise comenzar entonces por secarle la larga cabellera empapada, caída con todo su peso sobre los hombros, que la hacía parecer el fantasma de una mujer ahogada, pero me ofreció la alternativa sensual de su espalda en primera instancia y, sin pensar en las consecuencias del gesto, empecé a frotarla maquinalmente. Le pregunté por el contenido de la cinta de vídeo y por el manuscrito de título indefinible mientras le frotaba con delicadeza la pendiente encantadora que descendía hasta el promontorio de las nalgas. Se rió a carcajadas antes de preguntarme si podía interesarme.

—No entiendo.

Al oír mi lacónica respuesta, se volvió hacia mí con los ojos cerrados y los brazos alzados en pose insinuante, como respondiendo a mi desafío verbal con un suplemento de persuasión carnal. Por primera vez en toda la noche su actitud me pareció estudiada. Calculada. Diferente. Como frente a un espejo o una cámara fotográfica en una sesión privada. Pensé incluso que podría haber una cámara oculta instalada en alguna parte de la habitación con su consentimiento. Sin embargo, la perspectiva paranoica de ser vigilado por extraños no me paralizó. Nada complacía más a Delphine, como pude comprobar a menudo después de aquella noche iniciática, que los dobles sentidos, las alusiones y los equívocos de todo tipo.

—¿Te gustaría filmarlo? ¿Le encuentras posibilidades?

Para disipar el malentendido, volvía a no saber bien a qué podía referirse (qué debía querer filmar, qué ofrecía tantas posibilidades), le sequé los largos brazos y las depiladas axilas y el cuello de piel algo magullada y luego las tetas exuberantes y el vientre contraído, más arrugado por efecto del agua caliente, sin decir una palabra mientras ella seguía hablando sin parar, describiendo punto por punto el ambicioso proyecto, hablando de

sus autores sin dar los nombres para protegerlos, mencionando los primeros problemas de producción (es decir, de financiación). Estaba probando mi grado de respuesta a sus estímulos y, por qué no, mi nivel de excitación, no en vano comenzaba, como si tal cosa, a restregarle el desnudo pubis y los muslos entreabiertos con la dichosa toalla.

—Tenemos tiempo, quiero decir, tienes tiempo para pensarlo. No te preocupes. Te doy hasta mañana a mediodía.

Siento ser vulgar al decirlo pero Delphine conservaba a sus años las tetas aún erguidas y atractivas, así es como las veía desde abajo, en contrapicado, mientras le secaba sin prisa, como si los estuviera abrigando, los delgados tobillos (el derecho adornado con una esclavina dorada) y los pulcros pies, de tamaño desproporcionado y uñas también pintadas de azul para la ocasión. Las tetas de Delphine, por un aberrante efecto de la luz o de la posición relativa de los cuerpos, parecían tener veinte o treinta años menos que su cara o sus muslos y nalgas, regirse por una cronología distinta, menos cruel, más benévola con los atributos de la belleza. Como un agravio respecto del resto del cuerpo, así las veía ahora, redondas y tersas, mientras las enjugaba de nuevo con la húmeda toalla, un ostentoso recordatorio de la juventud perdida. Sospeché la intervención discreta de un cirujano en ese admirable estado de conservación. Se lo comenté y, sin ofenderse en absoluto, así era Delphine, me obligó a acariciárselas con el dorso de la mano derecha para comprobar al tacto que no eran facticias sino naturales. No quedé convencido, sin embargo. Sabía por experiencias anteriores que las técnicas de restauración habían avanzado mucho en esa sensible materia, pero Delphine tenía otros planes para mí, se había propuesto desnudarme y desabotonaba ya mi camisa sin esfuerzo, como para perder el tiempo con indagaciones inútiles. En estos casos siempre hay un momento en que uno tiene que acabar la tarea comenzada. Éste era uno de ellos, no había escapatoria para mí.